

Don Opas de José Joaquín de Mora : las posibilidades de un modelo y de un tema legendario

Montserrat Amores García

Citer ce document / Cite this document :

Amores García Montserrat. *Don Opas* de José Joaquín de Mora : las posibilidades de un modelo y de un tema legendario. In: Bulletin Hispanique, tome 101, n°1, 1999. pp. 125-146;

doi : <https://doi.org/10.3406/hispa.1999.4997>

https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_1999_num_101_1_4997

Fichier pdf généré le 30/11/2018

Abstract

This paper is a study of José Joaquín de Mora's legend "Don Opas" published in *Leyendas españolas*. It deals with a personal version of the loss of Spain from a romantic exile's point of view who happened to be in Bolivia when the text was written. José Joaquín de Mora took Lord Byron as a model and used the legend of Florinda, Don Julián and Don Opas. He offers the reader an interpretation of the legendary events in the light of Spanish contemporary history.

Résumé

L'article est une étude concernant la légende "Don Opas", publiée dans le volume *Leyendas españolas* (1840) de José Joaquín de Mora. Il s'agit d'une version très personnelle de la "leyenda de la pérdida de España" de la part d'un exilé romantique qui se trouvait en Bolivie au moment de la rédaction du texte. José Joaquín de Mora a pris Lord Byron comme modèle et a utilisé la légende de Florinda, don Julián et don Opas. Il propose au lecteur une interprétation des événements de la légende à la lumière de l'histoire contemporaine de l'Espagne.

Resumen

El artículo estudia la leyenda "Don Opas" publicada en el volumen *Leyendas españolas* (1840) de José Joaquín de Mora. Se trata de una personal versión de la leyenda de la pérdida de España por un exiliado romántico que se encontraba en el momento de su redacción en Bolivia. José Joaquín de Mora, tomando como modelo a Byron, se sirve de la leyenda protagonizada por Florinda, don Julián y don Opas para proponer una lectura de los sucesos legendarios aplicándolos a la historia contemporánea de España.

DON OPAS DE JOSÉ JOAQUÍN DE MORA : LAS POSIBILIDADES DE UN MODELO Y DE UN TEMA LEGENDARIO

Montserrat AMORES GARCÍA *

L'article est une étude concernant la légende "Don Opas", publiée dans le volume *Leyendas españolas* (1840) de José Joaquín de Mora. Il s'agit d'une version très personnelle de la "leyenda de la pérdida de España" de la part d'un exilé romantique qui se trouvait en Bolivie au moment de la rédaction du texte. José Joaquín de Mora a pris Lord Byron comme modèle et a utilisé la légende de Florinda, don Julián et don Opas. Il propose au lecteur une interprétation des événements de la légende à la lumière de l'histoire contemporaine de l'Espagne.

El artículo estudia la leyenda "Don Opas" publicada en el volumen *Leyendas españolas* (1840) de José Joaquín de Mora. Se trata de una personal versión de la leyenda de la pérdida de España por un exiliado romántico que se encontraba en el momento de su redacción en Bolivia. José Joaquín de Mora, tomando como modelo a Byron, se sirve de la leyenda protagonizada por Florinda, don Julián y don Opas para proponer una lectura de los sucesos legendarios aplicándolos a la historia contemporánea de España.

This paper is a study of José Joaquín de Mora's legend "Don Opas" published in *Leyendas españolas*. It deals with a personal version of the loss of Spain from a romantic exile's point of view who happened to be in Bolivia when the text was written. José Joaquín de Mora took Lord Byron as a model and used the legend of Florinda, Don Julian and Don Opas. He offers the reader an interpretation of the legendary events in the light of Spanish contemporary history.

Mots-clés : Don Opas - *Leyendas españolas* - José Joaquín de Mora - leyenda de la pérdida de España - exilé romantique.

* Universidad Autónoma de Barcelona, Espagne.

En 1835 escribía José Joaquín de Mora las siguientes palabras a su amigo Ventura Blanco Escalada :

Me he echado en brazos de la Poesía con el ánimo de introducir entre mis compatriotas un pequeño cisma contra *quintanistas* y *melendiztas* y sus anacreónticas y odas epilépticas, tratando de vencer algunas dificultades y de aventurar algunas innovaciones. He tocado todas las teclas, y he usado de toda clase de ritmos ; y aunque haré tanto ruido en el mundo, como un ratón en un concierto, logro mi objeto, que es divertirme¹.

Por entonces está escribiendo su *Don Opas*, particularísima versión de la leyenda histórica de la pérdida de España, que se publicará en 1840, el « *annus mirabilis* » español, según Edgar Allison Peers. El mismo Mora es el que destaca las particularidades más interesantes de la leyenda de la que pretendo ocuparme, última del volumen de las *Leyendas Españolas*². Sus palabras indican que escribía pensando en España a pesar de estar entonces en Bolivia ayudando al presidente Andrés Santa Cruz en el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana. Mora piensa en el estado de la poesía española e intenta introducir en ella algunas innovaciones, las aprendidas de la poesía inglesa y, en especial, de lord Byron³.

Entre 1824 y 1826, Angel de Saavedra escribe *Florinda*, entre Londres, Gibraltar y Malta ; cinco años después Telesforo de Trueba y Cossío escribe en Londres *The gothic King* ; en Bolivia, también desde el exilio, y con una diferencia también de cinco años, José Joaquín de Mora compone *Don Opas*⁴. Poco tienen en común las tres versiones de la leyenda, salvo la evasión romántica que para estos tres emigrados españoles significa la elección de un asunto histórico-legendario español. En *Florinda* y *Don Opas*, que como los fragmentos de *El Pelayo* de Espronceda están escritos en octavas reales⁵, se

1. Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora, apuntes biográficos*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1888, p. 311.

2. *Leyendas Españolas*, Londres, C. y H. Senior, 1840 ; París, Librería de don Vicente Salvá, 1840 ; Madrid, Librería Sánchez, 1840 ; Cádiz, Imprenta de Santiago Ruiz, 1840.

3. Véase Salvador García Castañeda, « José Joaquín de Mora y la sátira política en las *Leyendas españolas* (1840) », en *Romanticismo 5. Actas del V Congreso : La sonrisa romántica (sobre lo lúdico en el Romanticismo hispánico)*, Roma, Bulzoni, 1995, pp. 117-123.

4. En 1825 el joven Espronceda empieza la composición de *El Pelayo* en San Francisco de Guadalajara ; algunos fragmentos se publicarán en 1835 en *El Artista* (I, p. 137. 183-184) y posteriormente en su volumen de *Poesías* en 1840. No parece que Mora tuviese noticia de él en 1835.

5. La octava real fue la estrofa de los poemas épicos desde el Renacimiento. Ercilla, Balbuena, Hojeda y Virués entre otros la confirmaron como tal. El Neoclasicismo hizo uso de ella en cantos heroicos como el de José María Vaca de Guzmán, « A las naves de Cortés destruidas », o en composiciones de carácter filosófico o novelesco. Mora también utilizó esta forma métrica, además de otras, en las leyendas, en la alocución para conmemorar la victoria de Ayacucho en 1833.

refleja además esa voluntad de proyectar en los sucesos legendarios la historia de la España reciente. Angel de Saavedra proyectará en su *Florinda* un yo dolorido, aunque no desengañado, de la decadencia moral en la que se veía inmersa la España de Godoy, y en su poema se vislumbra también a Tarif transmutado en Angulema.

El yo de Mora refleja no ya dolor sino escepticismo, desengaño y en ocasiones sarcasmo. El tratamiento del tema entre serio y jocoso, y las continuas digresiones del poema facilitan además esa lectura contemporaneizada de lo narrado. Digresiones en las que el autor pudo, entre veras y bromas, descargar toda la bilis que llevaba dentro y que no era poca : su preocupación por el estado actual de España y su creciente desencanto hacia el liberalismo ; su aversión por el pueblo chileno y por Chile en general, país del que había sido expulsado tras la caída de Pinto ; su desagrado por el estado de la poesía española contemporánea... Contra todo y contra todos arremete Mora en su *Don Opas*, tomando como pretexto la leyenda que tiene como protagonistas a don Rodrigo, la Cava y don Julián, y en la que Mora da papel preponderante a uno de los segundones indispensables.

Sin duda alguna la elección del modelo, el Byron del tono jocoso-serio y de las digresiones, posibilitaba los continuos saltos temporales que caracterizan la obra, y la dotaban de cierta estructura y coherencia interna. Con el tono entre festivo y grave era con el que más a gusto se sentía el autor y en el que destacaban mejor sus dotes de poeta. Este modelo también le ofrecía la alternancia de estilos. En *Don Opas* aparece la sátira, la narrativa, la lírica, la disertación filosófica..., en ocasiones con voluntad de contraste.

A Byron, poeta del que se burló alguna vez durante los años de la polémica con Böhl de Faber y doña Frasquita⁶, lo imitaba desde hacía tiempo. Hacia 1831 escribía un poema titulado *Don Juan* que, según noticias de Miguel Luis Amunátegui, era imitación lejana de la obra de Byron, y cuyos cinco primeros cantos publicaría ya en 1844⁷. En 1834 Byron era para el autor gaditano « paradigma del poeta de la libertad, libertad política y naturalidad literarias de consuno, como las que él deseaba para España y para Hispanoamérica, tales como las que había admirado en Inglaterra »⁸.

6. El 16 de noviembre de 1819 Mora critica *El vampiro* de Polidori, atribuido erróneamente a Byron, con las siguientes palabras : « Gracias a la literatura de los pueblos septentrionales, los personajes de los dramas y las novelas son asesinos, salteadores, brujas, magos, diablos y hasta vampiros. Sí, señores. Un vampiro es el héroe de cierto poema que se atribuye a Lord Byron por la conocida propensión de este alegrísimo joven a semejantes personajes ».

7. M. L. Amunátegui, *op. cit.*, p. 268-269.

8. L. Monguió, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1967, p. 107. La influencia de la obra de Lord Byron en José Joaquín de Mora se desarrollan especialmente en las p. 76-83.

Mora se propone con su *Don Opas*, y en general con las *Leyendas Españolas*, introducir en España el modelo que Byron le brindaba en el *Beppo* o el *Don Juan*. Este era el cisma que pretendía introducir entre los « *quintanistas* » y « *melendiztas* ». Y de hecho, aunque el poema de Mora fuera publicado cinco años después, significó algo nuevo en la poesía española, como advirtió su contrincante en polémicas en Chile, Andrés Bello⁹.

El importante papel de las digresiones en el poema queda significado por el autor con el primer lema que sigue al título, tomado de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, y con la que previene al lector :

La digresión os pide mil perdones,
que yo suelo pecar en digresiones.

De hecho, si las palabras de la carta de Mora que citaba al principio y el epígrafe dan las claves del poema, en las veinte primeras octavas reales, a manera de prólogo, Mora propone al lector la interpretación adecuada de *Don Opas*.

Ya en la primera estrofa Mora enlaza el pasado y el presente de España, unidos por un « infortunio atroz », como « asunto » de su « rima », con la alusión a su situación personal, la de exiliado que no olvida su patria. El tema histórico que escoge es pretexto para poder verter en sus versos sus sentimientos nacionales y, por tanto, se guiará más por el instinto que por la erudición, y el resultado será más bien una caricatura, augurando ya el tono festivo y crítico de algunos fragmentos del poema. Mora se propone, como hombre justo, cantar « las aventuras de don Opas » (I, V), para exponerlo como contraejemplo a los lectores ; y a pesar de que según él la justicia castiga al pobre y no al poderoso, evidenciándose el escepticismo de Mora, piensa contar las vilezas de un « bribón insigne » (I, XII), don Opas.

También en estas primeras octavas reales empiezan a aparecer las calificaciones al pueblo, como « envilecida tribu, pobre y baja » (I, X), « dócil mula » (I, X) que se deja gobernar por « una pandilla, un club, una academia » que se apodera del mando de una nación. En ellas parece Mora dejar constancia de sus vivencias en los países hispanoamericanos que tuvo que abandonar por revoluciones e instauraciones de gobiernos antiliberales.

Mora resume, para acabar con su presentación del poema, la historia : la invasión agarena fue culpa de un cura y de una moza, y generalmente los acontecimientos mas infaustos que tienen lugar en una nación tienen siempre el mismo origen : un crimen de amor :

9. Véase A. Bello, *Obra literaria*, Venezuela, Ayacucho, 1979, p. 332-339.

Veréis en odio hervir la hermosa tierra
que el Tajo riega, y estallando en ira,
bajar cien razas a la huesa oscura ;
sólo por una moza y un cura (I, XVI).

El poema se divide en cuatro partes de ciento veinte, ciento catorce, ciento quince y ciento veinticuatro octavas reales. Poco más de la mitad están dedicadas a la leyenda o a la historia de la dominación árabe ; el resto lo ocupan digresiones en las que Mora, a veces instado por el camino que toman los acontecimientos que narra, y muy pocas veces por el simple gusto de cambiar de tema, despotrica contra el pueblo, las revoluciones, las constituciones, la guerra, la justicia, la España borbónica, la escuela poética salmantina... Los juegos entre el presente y el pasado se suceden y el autor es perfectamente consciente de ello. Por esta razón resulta mucho más sencilla la lectura actualizada de los acontecimientos.

El lector puede perfectamente distinguir tres niveles de lectura provocados siempre por el asunto que desarrolla :

- El nivel del pasado remoto que corresponde al relato legendario perteneciente a la degradación de la estirpe goda, la violación de Florinda y la venganza del Conde don Julián con la consecuente invasión agarena. A ella habría que sumar aquellas octavas dedicadas a la narración de algunos hechos históricos concernientes a la expansión de los musulmanes y su religión por Oriente próximo y Africa.

- El pasado remoto que refleja el pasado reciente. Me refiero a la lectura metafórica, que no alegórica, que el tratamiento personal de la leyenda histórica y de los personajes y sus palabras despiertan en el lector. Se trata efectivamente de una lectura metafórica porque la narración de los acontecimientos históricos puede remitir a diferentes sucesos de la historia inmediatamente anterior o contemporánea española : unas veces, la mayoría, se refiere a la invasión francesa y a las intrigas que la provocaron ; otras a la guerra civil carlista o a los hechos acaecidos en América durante la independencia de algunas colonias españolas. Los personajes históricos medievales no encarnan siempre la figura de un personaje del pasado reciente : don Opas será en ocasiones Escoiquiz, y otras representará el papel de la Iglesia española en general ; Tarif hará las veces de Murat o de Angulema ; unas veces Rodrigo será Godoy, otras don Julián personificará la indecisión y falta de carácter del joven infante Fernando. Mora, no obstante, facilita este tipo de lecturas, pues a veces él mismo señala el paralelismo histórico medieval con el contemporáneo.

- El pasado remoto que provoca digresiones sobre el pasado reciente y sobre el presente. Se trata de lecturas contemporáneas de las digresiones, desde el presente del autor pero suscitadas por los acontecimientos del relato legendario.

EL RELATO DEL PASADO REMOTO

El mismo Mora ha indicado que seguirá más su instinto que la erudición en la narración de la leyenda, lo cual no quiere decir que no sea conocedor de muchas de las versiones historiográficas o literarias que desarrollan el asunto. En el texto aparecen citadas las versiones literarias de fray Luis de León y la de Angel de Saavedra (I, XIX), y algunos romances (I, XXVIII). El Silense, el *Cronicón* de Alfonso III, Sánchez de Arévalo, la *Historia de los godos que vinieron de Scitia* (1582), de Julián del Castillo, la *Historia de Toledo* (1664-1667) del Conde de Mora, los *Reyes nuevos de Toledo* (1667) de Cristóbal Lozano, la *Historia de España* de Mariana, la versión de Alcocer y la de Pisa, son nombradas si no en el texto poético en las anotaciones a la obra. La mayoría de ellas, sobre todo los falsos cronicones del siglo XVII, son incluso objeto de ironía y crítica mordaz¹⁰.

Otras versiones literarias debió conocer Mora, cuanto menos las versiones inglesas de Walter Scott, Southey, Landor, y la de su compatriota en el exilio Telesforo de Trueba. Pero no son las fuentes lo más importante del poema de don Opas, puesto que Mora estructura y altera el relato legendario de una manera muy personal, y caracteriza a los personajes según sus propios intereses, finalizando el relato de la manera menos histórica pero más divertida que conoce la leyenda de don Rodrigo.

Otras narraciones introducidas en *Don Opas* también de carácter histórico deben tenerse en cuenta : se trata de los fragmentos en los que Mora demuestra ser admirador y conocedor, de la cultura árabe, como autor de unos Cuadros

10. Que manifiesta claramente en las notas al texto y también en el mismo poema :

Hay un cierto escritor llamado Mora...
 Qué genio ! qué dicción tan noble y pura !
 Qué hermosas tragaderas ! cuál perora
 sobre esta escena ! y cómo la asegura !
 Lozano, otro que tal, no lo desdora.
 Pisa también entiende la diablura :
 Bueno es Castillo, y Alcocer no es raná :
tu quoque ! tú también, Padre Mariana ! (IV, LXVI)

La burla hacia el tratamiento que algunos historiadores han dado a los acontecimientos históricos que está narrando, en los que se encuentran episodios dignos de leyendas o historias noveladas, pero no de la Historia, le lleva a narrar en tono humorístico, aunque siguiendo las versiones de algunos destacados historiadores, la creación por parte de Hércules del Estrecho de Gibraltar (IV, XXIV-XXVII). En estas octavas alude también irónicamente a la que parecía ya costumbre por parte de algunos nobles, entre ellos el mismo Duque de Rivas, de emparentarse con el personaje mitológico :

Hércules, a quien honra el gaditano,
 y de quien tengo a dicha ser biznieto (IV, XXV)

Es por ello que prefiere dar su propia versión de los sucesos en el Alcázar de Toledo ; ante las versiones ahistóricas de los historiadores, Mora decide inventar una versión humorística y burlesca de ello.

de la historia de los árabes, desde Mahoma hasta la conquista de Granada¹¹. En las anotaciones demuestra haber consultado muchas de las fuentes : el padre Flórez, Gibbon, Pérez de Hita... que debió estudiar al emprender la escritura de sus Cuadros¹². Mora intentó introducir y despertar en España el gusto por el exotismo árabe y el estudio de su historia. Por ello se explican las doce octavas reales que en la primera parte del poema (CI-CXII) dedica a desarrollar de manera general la historia inmediatamente posterior a la conquista musulmana y destacar el florecimiento de su cultura en España, en especial de Granada, y cómo gracias a esta civilización se enriqueció económica y culturalmente la nación. Y de este conocimiento de la historia de los árabes y quizá de ese volumen surge también la explicación más o menos detallada de la expansión de la civilización musulmana impulsada por el fanatismo religioso por Extremo Oriente y Africa, junto con la historia de la conquista de Trípoli y el cautiverio de Zoe (IV, XIX - LXII).

El fragmentarismo, la eliminación informativa y la alteración del orden cronológico del relato son los tres rasgos que caracterizan la estructura del argumento. No obstante, el conocimiento por parte del lector de la leyenda o de sus principales rasgos argumentales producen resultados diferentes de los que suele provocar la utilización de esta disposición en relatos desconocidos para el lector; y Mora lo sabe¹³. No pretende captar la atención del lector, ni despertar su curiosidad, sino explicar los resortes y motivaciones que provocaron la pérdida de España; destacar la bajeza moral de todos los personajes, sobre todo de don Opas; alterar el orden para subrayar el ambiente de intrigas y depravación que ocasionó la invasión agarena. La lectura contemporaneizada que indicará el propio Mora hará el resto para que el lector vea en el relato del pasado remoto la España del pasado más reciente.

Con muy pocas palabras, y ninguna buena, ha caracterizado en las primeras octavas reales los principales personajes de la leyenda medieval : don Opas es un « bribón insigne », don Julián « un noble godo en Ceuta arrinconado », para evitar que su influencia arrebatase el poder a don

11. Londres, Ackermann, 1826.

12. Obra que, según Vicente Lloréns, fue inspirada por la historia de José Antonio Conde. cf. Vicente Lloréns, *Liberales y románticos : una emigración española en Inglaterra (1823 - 1834)*, Valencia, Castalia, 1979, tercera edición, p. 186.

13. Quizá por ello decida en ocasiones no describir ni narrar los acontecimientos que relatan los historiadores, puesto que parte de un material conocido por todos :

Lo que sigue, se sabe en las escuelas.
El carro de marfil, el cetro de oro,
las mulas blancas, y las dos chilenas,
y Orelia el trotador : rico tesoro
de mentira o verdad, que las abuelas
bordan a su solaz. Cristiano y moro
lo dicen en sus clásicas leyendas,
no sin contradicciones estupendas. (IV, CXXIII).

Rodrigo, « un príncipe, cuitado, / vicioso, débil, holgazán e injusto » (I, XVIII). A continuación siguen tres octavas en las que se describe la decadencia de la raza goda, tal y como han hecho la mayoría de autores literarios que reelaboran la leyenda, destacando no ya la vida llena de lujos y la ociosidad y desidia en que vivían, como hacen Saavedra y Trueba entre tantos otros, sino su *fanatismo* y cómo el poder de la corte estaba en manos de frailes y mujeres. Sólo don Julián se salva de todos estos males aunque tiene otros : « bien que amase a su patria, a fuer de goda / amábase a sí mismo más que a todo » (I, XXII).

Muchos son los detalles que Mora ha alterado de las noticias que cronicones, romances e historias dan acerca de la leyenda.

Las acciones que se presentan en la primera parte tienen como objetivo principal subrayar el papel que desde la sombra juega don Opas en los acontecimientos. De sus palabras depende la decisión que toma el Conde. Mora destaca el carácter corrupto, instigador, ambicioso y fanático del arzobispo. Asimismo destacará la debilidad de carácter de don Julián y alterará la leyenda para hacer que sea Tarif el que, como representante de los musulmanes, dé la noticia de la violación de Florinda a su padre, poniéndose a su disposición.

Mora ha decidido alterar el orden cronológico de las acciones, ya que esta escena ha sido desgajada de la tercera parte de *Don Opas*. En ella, después de explicar la ascensión al trono de Rodrigo y sus obras, se hace alusión a las habladurías que corrieron por todo el país acerca de Florinda, y cómo gracias a ello se enteró Tarif y lo hizo saber de manera poco delicada al padre de la dama.

Los acontecimientos narrados en la segunda parte intentan destacar las argucias de Musa, para convencer al Conde de que acepte su ayuda. Don Julián sólo accede cuando Musa le recuerda la afrenta personal con Rodrigo, lo cual deja entrever que la pérdida de España fue más debida a asuntos personales que a intereses nacionales. Esta lectura no debe olvidarse cuando, inmediatamente después, Mora relaciona la entrevista en Ceuta de Musa y el conde, con la que tuvo lugar en Bayona siglos después.

En la tercera parte el interés de Mora reside en dejar constancia del estado de depravación, corrupción y desidia en que vivía la corte goda cuando Rodrigo subió al poder y mientras éste gobernó. Florinda, el personaje en el que menos profundiza el autor, se deja deslumbrar por el lujo de la corte y por los halagos de don Rodrigo, como le ocurre a la Florinda de Rivas y de Trueba. No obstante hay diferencias : la Florinda de Angel de Saavedra se enamora de Rodrigo ; la de Trueba se entrega finalmente a éste, esperando que cumpla la promesa de restituírle su honra mediante el matrimonio ; Mora sigue las más antiguas tradiciones haciendo que Rodrigo

viole a la doncella para subrayar con ello las connotaciones de venganza personal que acaban con el imperio godo y provocan la invasión árabe. No obstante, el intento de ridiculizar y satirizar los acontecimientos hacen que Mora altere algunos detalles de la venganza creando una situación bufonesca y grotesca en la que Rodrigo se queda plantado en su palacio, esperando a Florinda y a su padre : el burlador burlado.

La ridiculización de Rodrigo no acaba aquí, sino que continua en la cuarta parte cuando Mora nos describe mordaz y satíricamente a un rey, solo en palacio, sin nadie a quien pedir consejo y sin entender nada, entre un montón de godos cortesanos que empaquetan sus cosas para salir de la corte :

Vuelven loco a Rodrigo con clamores,
con el ir y venir, saliendo, entrando.
Él contesta al tuntún : « Pero Señores...
pero si... pero como... pero cuando. »
Sin embargo, en los grandes sinsabores,
el hombre más imbécil, flojo y blando
saca a la postre fuerzas de flaqueza :
Rodrigo quiere obrar con entereza. (I, LV)

Con el mismo fin el autor altera los sucesos relacionados con el Alcázar de Toledo : Rubén explica a Rodrigo el secreto que guarda el alcázar y éste se decide a entrar. Pero en lugar de penetrar y encontrarse con las estatuas, o el arca que le anunciarán la invasión agarena, tal y como indicaba el material legendario, José Joaquín de Mora se olvida por completo de la invasión árabe, y de las fuentes, para crear su propia versión de lo ocurrido en el Alcázar de Toledo, y quizá las mejores páginas de su obra. Antes de ello se burla de los relatos fantásticos que desarrollan algunas versiones que quieren ser históricas, sobre todo la de Lozano, y, potenciando el carácter cómico de la obra, crea su versión burlesca en la que Rodrigo se encontrará al abrir el arca con un montón de diablillos y al mismo demonio, que le felicita por todas las fechorías cometidas en su vida y le anuncia que tiene un sillón de honor en el infierno con versos como los siguientes :

Gozaste ; hiciste bien : me has dado gusto.
Te encenagaste en vicios : muy bien hecho.
Todo inmolaste a tu placer : muy justo.
Glotón fuiste y lascivo : buen provecho.
Abusaste del título de agosto :
¿no abusa cada cual de su derecho?
Forzaste y violaste a troche y moche :
eso se llama ir al infierno en coche. (IV, LXXXI)

Como premio dejarán en el país el don del *desgobierno*. Esta última premonición es la que prefiere Mora para su obra teniendo en cuenta que espera que el lector haga una lectura contemporaneizada de todos estos acontecimientos.

En el final de la leyenda, que narra la batalla de Guadalete, Mora hace que don Opas se pase al enemigo y después nada más se sabe de él. Las últimas octavas reales de *Florinda* de Angel de Saavedra comentan el final incierto de Rodrigo ; en la leyenda *Don Rodrigo* de Telesforo de Trueba es Florinda la que se pierde en el escenario donde ha tenido lugar la batalla de Guadalete, tras besar los despojos de don Rodrigo ; José Joaquín de Mora decide que sea de don Opas del que se ignore completamente su suerte, a pesar de que anota las noticias que los cronicones dan de él. El final poético buscado por el autor parece guiñar un ojo al lector contemporáneo.

Como puede observarse, no hay dignificación alguna por parte de Mora de ningún personaje, a diferencia de los distintos intentos por parte de los autores que durante el siglo XVIII y XIX reelaboraron a su manera el tema de la pérdida de España. Todos son culpables de la invasión agarena, y sobre todo el protagonista de su poema : una Iglesia ambiciosa, fanática e intrigante que apoya al enemigo, unos hombres de Estado dominados por sus instintos y por venganzas personales sin intención alguna de gobernar el país, en una corte degradada por el lujo y el vicio. Mora ha creado unos personajes planos, sin ningún componente trágico, a diferencia de lo que hicieran sus coetáneos. Florinda, en cuya dolorosa expresión de la subjetividad se explayó Saavedra, sólo aparece por referencias y es el personaje más desdibujado de todos ellos.

EL PASADO REMOTO REFLEJO DEL PASADO RECIENTE : LA PROYECCIÓN DEL PRESENTE EN EL PASADO

Intentaré mostrar ahora cómo el relato legendario, tan llevado y traído por otros muchos autores, fue excusa en la obra de Mora para reflexionar sobre el pasado reciente y el presente de España. Sin duda, el principal objetivo de sus críticas es el clero, y en general la Iglesia española. Por esta razón escoge como protagonista de su leyenda a don Opas y, como se verá, el anticlericalismo y la crítica a la monarquía son las constantes del poema.

Así ocurre cuando en la segunda parte, después de narrar la entrevista entre Musa y el conde don Julián en Ceuta, relaciona el pasado con el presente :

Lo que Ceuta fue entonces, fue Bayona
muchos siglos después : risueño oriente,
donde empezó a brillar una corona
y todo el mundo le dobló la frente.
De personajes esplendente zona
llamaron allí sabio y excelente
al que después del triunfo de Castaños
recibió tan curiosos desengaños (CVIII)

Mora hace referencia aquí a José Bonaparte (« empezó a brillar una corona ») y al triunfo del coronel Manuel Castaños en la batalla de Bailén, que iniciaron las derrotas de Napoleón en España. Con este comentario el autor obliga al lector, que no lo hubiera hecho ya antes, a que relacione esta entrevista entre Musa y don Julián con aquélla que tuvo lugar en abril de 1808 en Bayona, y que vea en Musa al mismo Napoleón que se decidió por la ocupación francesa y que dejó sin trono tanto a Fernando como a su padre Carlos IV. En el Conde don Julián se refleja ese joven infante que, gobernado por el odio que siente hacia el Príncipe de la Paz y hacia su madre María Luisa, es decir, llevado más por instintos de venganza personal que por el bien de la patria, permite la alianza con Napoleón. Debe tenerse en cuenta que el joven infante tiene siempre a su lado al eclesiástico Juan Escoiquiz, su preceptor y gran admirador de Napoleón, que tramó la mayoría de las intrigas palaciegas además de influir poderosamente en las decisiones del rey Fernando VII hasta su vuelta a España. Es cuanto menos curioso el hecho de que Ramón de Mesonero Romanos hable de Escoiquiz y de los sucesos de Bayona en los siguientes términos en sus *Memorias de un setentón*, en las que parece tener presente la lectura de *Don Opas* :

el cual [don Juan de Dios de Campos] tenía, o decía tener, algunas relaciones con los que rodeaban al nuevo Rey, y especialmente con el funesto personaje (don Juan de Escoiquiz) que habíale servido de ayo, de preceptor y de consejero aúlico (digno Mefistófeles de tal Fausto), y que con las indiscretas inspiraciones de su torpe vanidad no paró hasta llevarle desde la prisión-celda de El Escorial hasta que le hubo entregado indefenso en Bayona, en manos de Napoleón. (...) obra era todo de la fatuidad, ignorancia y ambición del canónigo toledano, de aquel nuevo don Opas, cuyo orgullo fanático precipitó en semejante abismo al Rey y a la nación¹⁴.

En ocasiones da la impresión de que Mora olvide al don Opas de la Edad Media para referirse a este oscuro y servil personaje durante la narración de las escenas en las que se describe la reunión en Ceuta (II, CIII).

Por ello el lector cree sentir en las palabras de Musa ofreciendo a don Julián su ejército y sus armas, y hablándole del estado de la nación y, sobre todo de la corte española como depravada y corrompida, al mismo Mora hablando de la vida de palacio de 1808, y despotricando contra la monarquía de Fernando VII en particular, y el sistema monárquico en general.

Musa es, más que musulmán, un republicano ilustrado que critica duramente un país en el que prevalece todavía el orden tradicional del Antiguo Régimen y en el que las luces de la Ilustración han alumbrado demasiado poco. Es también un hombre que critica duramente la monarquía por el parasitismo y el servilismo que genera.

14. *Obras completas*, II, Madrid, Atlas (B.A.E., 120), 1967, p. 14-15.

¿ Cómo queréis que no os desprecie Roma,
 y el franco, y el germán, y el mundo entero ?
 Cuidado con el franco : por Mahoma,
 que es de vuestros contrarios el primero.
 Si alguna vez por el Pirene asoma,
 ya os oigo decir : “pies para qué os quiero ?”
 ora de amigo se introduzca, o vibre
 contra España el acero, Dios os libre (LXXXV)

De esta manera augura los sucesos de 1808. Y en este contexto Mora introduce una digresión en la que critica la España borbónica y la invasión de Madrid por las costumbres francesas.

Las octavas CIX-CXIV aúnan pasado y presente bajo la presencia del yo del poeta que reflexiona y critica los acontecimientos de Ceuta en el año 710, y de Bayona en 1808 desde su prisma, manifestando cómo la visión histórica ha interpretado en las acciones de Ceuta un crimen y una traición, mientras que lo ocurrido en Bayona pareció en principio una elección feliz (CIX). La correspondencia entre el año 710 y 1808 puede hacerse extensible a 1823 ; sobre todo si se tienen en cuenta las continuas referencias a la entrada de « Cien mil moros » en España.

Es por todo esto que la lectura de la primera mitad de la tercera parte en la que se describe la llegada al poder de Rodrigo y el estado moral de la corte goda adquiere nuevas connotaciones. En la corte de Witiza y de don Rodrigo asoma la corte de Carlos IV y de Godoy, sobre todo si se tienen en cuenta las diferentes digresiones que desde el presente hace Mora. La lectura metafórica, desde luego, no funciona, y tampoco creo que sea la intención de Mora. Lo que pretende que impere es la visión general de conjunto, de degeneración moral, y por ello introduce pequeños paréntesis desde el presente que alertan al lector de la vigencia de los narrado :

hijo, padre y mujer encarnizados,
 como perros se muerden y destrozan,
 y luego comen juntos y retozan¹⁵.
 Apenas cayó al suelo el rey beodo,
 gritaron los leales cortesanos :
 “Rodrigo mande en el imperio goda,
 a bien que lo ha adquirido con sus manos”.
 Cunde la nueva, y en el reino todo,
 la plebe, el clero, nobles y villanos
 se felicitan viendo a la cabeza
 de España a un joven que tan bien empieza.
 (III, XXVII - XXVIII)

15. Pensando en Carlos IV, María Luisa y su hijo el infante Fernando, y en las intrigas palaciegas que llevó a cabo el infante para promover al pueblo, a la corte y a la Iglesia y destituir a su padre en Aranjuez deberían leerse estos y los siguientes versos.

José Joaquín de Mora describe en estos términos el estado moral de la nación española a principios del siglo XIX en sus *Memorias históricas sobre Fernando VII, rey de España* :

El hombre que dirigía entonces sin opinión ni obstáculos los destinos de Iberia, habíase encumbrado al puesto brillante que ocupaba por unos medios que se oponían a los más simples deberes del decoro público y a las obligaciones más sagradas que imponen en la sociedad las leyes divinas y humanas. Este funesto germen de corrupción produjo en poco tiempo las más terribles consecuencias ; y las altas clases de la sociedad olvidaron o trastornaron las ideas de la moral. Arrastrados por el deseo desenfrenado de engrandecerse, y por el ansia de incensar el ídolo del día sacrificaban los cortesanos todos los miramientos : y el soberano que parecía a los ojos de sus súbditos condenado a esa especie de desgracia que tan difícilmente soportan hasta los hombres de la más ínfimas clases, sancionaba con su tolerancia o su negligencia los desórdenes más incompatibles con el bien del Estado. La corrupción caminaba con pasos rápidos y detestables, y venía a ser el único medio de satisfacer la ambición, y algunas veces conseguir justicia. El marido vendía a su mujer, el padre a su hija, el hermano a su hermana. Los empleos públicos, las riquezas del Estado, el favor del rey todo estaba en manos de un solo hombre (...)¹⁶

No creo que deba hacerse comentario alguno a las correspondencias de situaciones, ambas narradas por la misma pluma.

Otras son las ocasiones en las que Mora hace referencia a acontecimientos del pasado más reciente que surgen de la historia del pasado remoto. Así, cuando en la parte tercera Tarif desembarca en Cádiz y es acogido por el pueblo con júbilo, Mora recuerda sucesos recientes :

Acudían mendigos y pudientes,
beneficiados simples y vicarios,
gritando unidos en alegres coros :
“Viva la Religión! vivan los moros !”

“Viva la religión” es santo grito
con que todo español explaya el seno :
aplauso nacional y favorito,
que se aplica a lo malo y a lo bueno.
Si es sabido el lector, no necesito
fijar el día en que con voz de trueno
sonaba en la nación : “viva Fernando!
viva la Religión! vamos robando”. (IV, CVI - II)

16. *Memorias históricas sobre Fernando VII, rey de España, publicadas en inglés y en francés por Michael J. Quin : síguese el examen crítico de la revolución de España de 1820 a 1823, y España en el siglo diez y nueve*, Valencia, Imprenta de Gimeno y Librería de Mariana, 1840, p. 12-14.

Mora se refiere a la triunfal entrada del rey Fernando en Madrid el 19 de marzo de 1808, cuando parte de las tropas francesas guiadas por Murat estaban ya en territorio español, o habían penetrado antes debido a la firma del tratado de Fontainebleau.

Con palabras parecidas narran Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano* y Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón* los acontecimientos del marzo de 1808, aunque ninguno de ellos comenta el acogedor recibimiento a los franceses.

Con esta referencia consigue el autor que el lector no olvide la lectura actualizada, y por ello cuando inmediatamente después se narra cómo el cura de Tarifa aconseja a Tarif que conquiste España, el lector imagina la influencia que la Iglesia tuvo, según Mora, en la ocupación francesa. A continuación, asistimos a un discurso de Tarif/Mora que reprende al cura, esta vez en tono serio, por su bajo concepto de la Patria, y éste le contesta que cree que es lo mejor para ella dado su estado de degradación económica y moral.

También en la cuarta parte dedica Mora algunas estrofas a mostrar el alborozado recibimiento por parte de los españoles a los árabes e intenta explicar razonablemente las motivos que les impulsaban a actuar de esta forma (IV, XIII-XIV). La descripción del cálido recibimiento en las acciones que tienen lugar en la Edad Media es invención de Mora, pues no hay testimonio ni histórico ni literario que avale su versión. Y es que, de nuevo, el autor está invitando al lector a trasladarse a 1807 - 1808 y contemplar cómo toda España vitoreaba a un rey déspota, aliado con los franceses, y el afrancesamiento de algunos españoles, dada la situación límite a la que Godoy había llevado a España. Sus palabras explican el comportamiento de las masas populares y también el de nobles e intelectuales. Si la lectura resulta a algunos exagerada, léanse las siguientes palabras extraídas de las mencionadas *Memorias* en las que se refiere a las consecuencias de la firma del tratado de Fontainebleau y la reacción de los españoles :

Tal era la situación de los españoles y la exasperación de los espíritus a las consecuencias de los desórdenes a que se entregaba el gobierno, y del déficit que había en las rentas, cuando los franceses comenzaron a ocupar la Península Ibero para ejecutar el convenio, siendo recibidos como libertadores y como amigos. Habíase generalmente extendido la instrucción por las clases elevadas de la sociedad, no obstante la poderosa oposición del clero y las severas prohibiciones de la Inquisición, y vagos deseos de grandes reformas políticas agitaban poco a poco los espíritus. La perspectiva de las riquezas y de la preponderancia de la nación francesa despertó el orgullo nacional ; y de allí emanó la opinión común de que sus ejércitos no podían conducir sino a circunstancias favorables y a mudanzas útiles y de importancia. Los españoles instruidos deseaban ardientemente ver establecida en su patria la libertad de cultos ; deseaban (...) y alimentaban el esperanza de que todos estos bienes serían una consecuencia necesaria de la presencia de los soldados franceses. (p. 26-28)

Otras son las ocasiones en las que Mora se refiere directamente a sucesos del pasado reciente. Así, en la tercera parte, el autor trae a colación al teniente general Pablo Morillo. Se trata de la octava LXXXXII, cuando, decidido don Rodrigo a enviar tropas a Africa para evitar que los árabes lleguen a España, instigados por don Julián y sobre todo por don Opas, envía una expedición :

La expedición bien brava y bien apuesta
ya de las playas de Hércules salía ;
mas la opinión, a todo mal dispuesta,
estos rumores circular hacía ;
“Qué ! no es esta traición ? maldad no es esta ?
¿ Llevarlos a morir en lejanía,
ora de enfermedad, ora al cuchillo !”
Lo mismo sucedió cuando Morillo !

Pablo Morillo embarcó hacia Hispanoamérica en 1815 enviado por Fernando VII para combatir las rebeliones de las colonias españolas. Las palabras de Mora son indudablemente irónicas si atendemos a las crueles actuaciones y a las sangrientas represalias que Morillo llevó a cabo en Venezuela y Colombia contra los rebeldes de América, y si tenemos en cuenta además que Mora siempre defendió la independencia de las colonias hispanoamericanas¹⁷.

En otra ocasión, esta vez en la parte cuarta, recuerda la batalla de Ocaña al narrar cómo Rodrigo se viste de guerrero y se decide a enfrentarse con los moros :

Ya recuerdan ustedes lo de Ocaña,
cuando al frente de bravos escuadrones,
gritando : “muera el corso, cierra España,”
aquel señor de cruces y galones
se echó a correr, cual tímida alimaña,
cuando vió a media legua los dragones ;
y corrió por los llanos y los cerros,
hasta dejarse atrás Despeñaperros (IV, XLIII).

17. Mora escribía el 10 de septiembre de 1830 en *El defensor de los militares denominados « Constitucionales »*, periódico chileno, las siguientes palabras refiriéndose a un poema que se había publicado en loor de Morillo en la *Gaceta del Gobierno de Chile* : « Estos versos fueron proferidos con el único objeto de felicitar a Morillo por haber hecho fusilar como ciento cincuenta individuos de los más ilustres patriotas, después de haber talado los campos e incendiado las ciudades en su tránsito a Bogotá, y después de haber pasado a cuchillo en esta ciudad como doscientas personas de las familias más distinguidas. Entonces fue cuando se compusieron por un miserable siervo estos ridículos versos para vituperar los más sanos principios de la independencia americana, y halagar, deprimiendo nuestra dignidad, al más perverso de los monarcas, de un modo humillante y digno tan sólo de su autor » (L. Amunátegui, *op. cit.*, p. 250).

El « señor de cruces y galones » es Areizaga, el general en jefe de la batalla de Ocaña, que tuvo lugar el 19 de noviembre de 1809 y fue prólogo de la derrota de las tropas españolas por las de José Bonaparte, en la que la ausencia completa de dirección del alto mando llevó a las tropas españolas a un sonado retroceso, y a la pérdida de cuatro mil hombres y a la detención de entre doce mil y catorce mil prisioneros.

En otras ocasiones la proyección del presente en el pasado es mucho más velada. No obstante, a riesgo de caer en el error señalaré a continuación las que me parecen menos arriesgadas.

La lectura de algunas estrofas de la primera parte, especialmente aquellas que se refieren a don Opas y los comentarios que sus obras suscitan en el autor, bien pudieran referirse a la guerra civil en la que estaba inmersa España mientras Mora escribía la obra. El autor, sabedor de la importancia que el poder de la Iglesia tenía en la contienda, parece estar pensando de ello cuando escribía, con tono mordaz :

Mas de una vez Don Opas, que a Witiza
y a su ambición guardaba fe sincera,
con soplo astuto y recatado atiza
de la guerra civil la horrible hoguera.
Pero su celo audaz halló ceniza
donde encontrar creía llama fiera :
sus hechuras, en lánguido egoísmo,
llamaban lealtad al servilismo.

La *legitimidad* era su norte,
llamando *usurpador* a su enemigo :
porque no manejaban el resorte,
y no les daba el sucesor abrigo,
murmuraban del jefe y de su corte,
hablaban de venganza y de castigo,
y de librar a España de su mengua :
en fin eran muy bravos -con la lengua (I, LIV - LV)

Las palabras en bastardilla, que son del autor, son las mismas que utilizaban los carlistas para calificar a la regente. Mora, que acaba de contarnos que todo fue culpa de un cura y de una moza, parece haber olvidado que está hablando de don Opas, al que ha calificado de fanático, para referirse a la influencia de la Iglesia en el carlismo español, a los problemas que la regente María Cristina tuvo con ésta al aliarse con las fuerzas liberales, y cómo la Iglesia haciendo inseparables el Trono y la Religión, y tomándolos como bastión, manejaba el carlismo español, intentando devolver a España los principios tradicionalistas.

DIGRESIONES SOBRE EL PASADO RECIENTE
Y SOBRE EL PRESENTE

Poco menos del cincuenta por ciento de *Don Opas* lo ocupan las digresiones provocadas por el asunto de que se trata y que arrancan del modelo narrativo escogido por Mora. El narrador es un poeta comprometido que desde el principio advierte que dará su personalísima visión de la leyenda y que no deja títere con cabeza pretendiendo denunciar la maldad aunque se halle en los estamentos privilegiados. Un yo, que hacia la mitad de la primera parte de su obra se detiene un momento para, como mandan los cánones ilustrados, pedir ayuda a la Musa (I, XXXVIII-XLIII), y como liberal, declarar independiente su pluma, para decir la verdad :

Lleno entonces de orgullo, digo : “Pienso ;
soy dueño de mi mente ; y no la intriga,
no ansia de lucro, ni temor del palo
me harán decir que es bueno lo que es malo”
(I, XLVIII)¹⁸

Y, además, y no puede olvidarse porque Mora lo recuerda de vez en cuando, se trata de un yo expatriado que sufre por el alejamiento de España.

Quizá las reprensiones y críticas, en ocasiones con un tono cáustico, que pueden asombrar más al lector son aquellas dedicadas al liberalismo, al pueblo y al poder de la revolución para un hombre que ha salido de España en 1823 ; para un liberal. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que Mora fue un hombre educado en la Ilustración. Es justamente desde ese punto de vista, que deben interpretarse las descalificaciones y embestidas hacia el pueblo. Deben tenerse en cuenta además que los desengaños que las revoluciones sociales de los países latinoamericanos, de las que Mora era conocedor y en ocasiones víctima, coadyuvaban a aumentar el escepticismo del autor.

Mora se había unido a Rivadavia en Buenos Aires, a Pinto en Santiago de Chile, a O'Higgins mientras residía en Lima, y en 1834 se trasladó a La Paz como secretario del presidente Santa Cruz para intentar establecer con éxito la Confederación Perú-Boliviana. Siempre con la intención de ayudar a estos ministros a construir unos países, mediante unos proyectos políticos basados en la Ilustración y en la libertad. Por ambas había luchado en Argentina, Chile y Perú, y seguía luchando en Bolivia. Pero en 1835, cuando está escribiendo *Don Opas*, Mora ya había tenido que salir de Buenos Aires tras la caída de Rivadavia, abandonando toda su labor política y educacional ; había sido expulsado de Chile por el Presidente Portales, asistiendo de nuevo al derrumbamiento de un

18. En 1826 había escrito : « Ha sido desgracia de las naciones española y portuguesa que la mayor parte de sus historiadores hayan sacrificado vergonzosamente la justicia y la verdad a la torpe adulación y a las miras cortesanas ». (Citado en L. Monguió, *op. cit.*, p. 110).

régimen liberal, y a partir de entonces tendrá un odio atroz al pueblo chileno ; y las cosas no le iban demasiado bien en Bolivia. Es por ello que se siente desengañado del proyecto liberal ; que ve cómo las revoluciones no ayudan a mejorar el país ; y además sabe por experiencia propia lo manipulables que son las masas populares. Todo ello está presente en *Don Opas*.

Así, al comentario del poder de don Opas y de sus continuas intrigas en la primera parte le siguen nueve octavas en las que Mora critica duramente el concepto de libertad como derecho que se aprende. La crítica feroz a las revoluciones populares manipuladas, y sobre todo contra el comportamiento del pueblo y su servilismo, reflejan experiencias personales :

La víctima cedió, y el candidato
circundado de aplauso se presenta :
hay *te Deum*, cohetes y aparato ;
do quiera el gozo público fermenta.
Pasan meses, y el pueblo mentecato
dice con faz hundida y macilenta,
después de derramar llantos opimos :
“¿ no era mucho mejor el que perdimos ?

La causa de este mal es un sofisma,
que adopta ciegamente el hombre honrado :
con la revolución y con el cisma
piensa que está el achaque remediado.
La libertad es buena por sí misma ;
mas no nace en terreno abandonado.
Si no la fertiliza diestro surco,
tan libre será el libre como el turco. (I, LX - LXI).

El paso del pasado al presente es rápido y casi siempre para comparar. Así, « favoritismo, tropelía, engaño : / lo mismo exactamente que hubo antaño » (I, LXV) ; mientras que « el furor de la masa turbulenta / echaba al suelo un trono, no la imprenta » (I, LXVI), sin duda recordando las campañas publicitarias, y las polémicas periodísticas en las que participó para atacar a muchos y defender su puesto.

Es su yo el que recuerda poco después (LXXXIII-LXXXV) su labor en los países americanos al ver cómo las revoluciones destruían sus esfuerzos. En una carta de febrero de 1834 escribía :

Usted verá, por la relación que sigue, que he estado expuesto a ser víctima de un populacho chileno, sólo porque he pagado un justo tributo de admiración y de gratitud al primero de los patriotas sudamericanos [O'Higgins]. (...) Todo el mundo sabe que este papel era obra del ministro Pando ; mas Campino aseguraba que era mío ; y el rebaño de chilenos lo repetía, y ya empecé a tener inco-

modidades. Muchas personas me dieron avisos alarmantes ; (...). En la noche del 28 de enero, las tropas sitiadoras decidieron retirarse a la Sierra ; y en su tránsito por la ciudad, empeñaron un combate obstinadísimo con los habitantes (...) Entrado en ella [la prefectura], el prefecto me dijo que nada, absolutamente nada, había contra mí, sino el toletole de los chilenos ; que mi vida estaba en peligro ; y que procurase ocultarme y dejar pasar la efervescencia¹⁹.

Estas palabras tienen su reflejo en la siguiente estrofa de *Don Opas* :

Mas toda diferencia se destruye,
si alguno lanza desatino enorme,
o inspiración celeste se atribuye,
sin que de la verdad nadie se informe.
Súbito en todos el audaz influye ;
éxtasis repentino y uniforme
cunde veloz la convulsa masa,
y a más de lo que el otro dijo, pasa (II, V)

Mora comenta en las primeras estrofas de la segunda parte el poder del fanatismo de mover a la multitud, a la revolución o a la guerra, todo ello aplicado a la civilización árabe ; no obstante, las relaciones entre ambos textos son ineludibles. Lo mismo ocurre cuando, refiriéndose al servilismo de don Opas, salta Mora al presente para recordar

que así viven millones de individuos
oficinas llenando y tribunales,
y comiendo gustosos los residuos
que arrojan sus patronos liberales.
Siempre do sopla la fortuna, asiduos,
siempre al poder sumisos y leales,
cuando de ser poder el poder cesa,
se quitan de su vida a la francesa. (I, L)

Si a todo ello se suma el desencanto que la política de los liberales españoles estaba produciendo en el espíritu del gaditano se entenderá perfectamente el tono de algunas octavas reales del poema. Siempre estuvo preocupado por su país, y más que eso expectante ante los sucesos de su patria desde la muerte de Fernando VII, pero lo que veía no le gustaba nada. En febrero de 1834 escribía en una carta :

Con la muerte del opresor de mi patria, se me han renovado los deseos y las esperanzas de restituirme a su seno, para lo cual solo aguardo saber el triunfo del partido de la reina, y el abatimiento del de don Carlos, que no dudo se ha de verificar pues toda Europa se interesa en ello²⁰.

19. L. Amunátegui, *op. cit.*, p. 276-277.

20. *Ibid.*, p. 282.

No obstante, en 1835 no pensaba lo mismo. El 7 de mayo de 1835 escribe a su amigo Ventura Blanco Encalada :

De España no sé qué pensar : sólo que basta la fermentación actual de su política para repeler mis deseos de ir a verla (...). Por otra parte, no convengo con usted ni en la sabiduría de los ministros, ni en los sublimes sentimientos de Cristina. Ya parece que tiene quien le ande con el cuerpo, y esto no tiene nada de sublime ; y en cuanto a los ministros, al ver a Toreno manejar la hacienda española, con los tristes antecedentes de 1822 (...) ²¹.

Y en carta a Pedro Antonio de la Torre, escrita desde La Paz el 4 de mayo de 1835 :

Estoy tan harto de lo que se llama *principios*, he visto cometer tantos crímenes con los *principios* en la boca ; la secta liberal me ha escandalizado de tal modo, y odio tanto la hipocresía, que no puedo todavía (...) ²²

A la luz de estas declaraciones se explican las siguientes octavas de *Don Opas*, acerca de la política y de España :

No entiendo de política : confieso
que es griego para mí ; pero calculo
los resultados, por los cuales peso
lo que origen les dio. No capitulo
con el que anuncia innovación, progreso,
y al que no le da asenso, llama nulo,
servil, bárbaro. Quiero cuentas claras,
no cáfila pueril de voces raras. (III, VIII)

Críticas que alcanzan incluso al sistema representativo (IV, VI-XI) al que iguala con el despotismo (IV, VI-VIII) y a la Justicia (I, XCII-C), en concreto, a la impartición de ésta por hombres inexpertos y no calificados moralmente para ese trabajo a pesar de tener un título.

También Mora se permite digresiones sobre España en las que interpreta el pasado histórico. Así en la segunda parte hace un largo paréntesis (LXXXVI-XCVI) a raíz de las palabras de Musa, que está conversando con el Conde para intentar convencerle, y le advierte del peligro que supone Francia para España. El autor deja entonces a Musa tomando aliento para exponer él mismo su visión acerca del reinado de los Borbones en la Península con un claro efecto meta-poético :

Aquí, según refiere un anticuario
detuvo Musa un poco el raudo acento ;
padecía un ataque pulmonario,
y ya le precisó tomar aliento.
Mientras, yo haré un ligero comentario

21. *Ibid.*, p. 294.

22. *Ibid.*, p. 307.

de sus últimas frases, y lo siento,
 pues (aunque sea confesión amarga)
 El moro tuvo la nariz muy larga.

Desde el día en que holló los Pirineos
 aquel tan buen señor, Felipe quinto
 conjunto de pueriles devaneos,
 masa impulsada por ajeno instinto ;
 de nuestros gloriosísimos trofeos
 no guardó seña el español recinto :
 los españoles se volvieron trastos,
 teniendo a su cabeza un rey de bastos.

(LXXXVI-LXXXVII)

A partir de aquí se inicia una larga serie de octavas reales en las que Mora, esta vez entre serio y jocoso, describe el gobierno de esa « familia extraña » en la Península como una invasión de las costumbres y modas francesas en la cultura española de las que no se salvan los literatos, y en especial, la proliferación de traducciones en el país (XCIV-XCVI). Los franceses son calificados de « saltimbanquis matachines, parlanchines » ; España deja de ser nación para empezar a ser colonia y los españoles pasan de ser hombres a micos, puesto que las clases privilegiadas españolas adoptaron sin reparos usos, formas e incluso la lengua venida de Francia (XC).

La segunda digresión que se permite el autor, tratando un tema que preocupaba a la España del presente, es la que concierne a Gibraltar, entre burlesca y satírica (IV, XXXIX-XXXV). Ocupa ésta ocho octavas en las que subraya el abandono por parte del gobierno español ante la ocupación del Peñón y el carácter flemático de los ingleses, recreando una sesión del Parlamento en la que « lord Non-sense » y « lord Acute » dan su opinión al respecto.

Tampoco la literatura se salva de las críticas de Mora. La más mordaz es aquella que gira en torno al romance y la rima asonante. Ya en el prólogo de las *Leyendas Españolas* Mora intenta justificar la versificación variada a pesar de destacar el importante papel que el romance ocupa en la literatura española. El autor siempre ha defendido las rimas difíciles y las formas métricas complicadas que dan mucho más valor a la poesía en detrimento del romance y la rima blanca. Los mismos argumentos que expone en las últimas octavas de la primera parte de su *Don Opas* (I, CXII - CXV) los había utilizado ya en otras muchas ocasiones en prosa y en verso, haciendo frecuentes referencias al « monótono romance »²³. Pero además en *Don Opas* la emprende Mora burlescamente contra la escuela salmantina a la que hace defensora del romance, ferviente y casi única seguidora del bucolismo, y a la que acaba criticando con sus propias palabras :

23. Véase L. Monguió, *op. cit.*, p. 70, n. 45 y 103-108 ; y V. Lloréns, *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1989, p. 65.

De estos santos varones el concilio,
 protector del anciano Anacreonte,
 quiso darle en España domicilio,
 con tal que al asonante se remonte.
 Además decretaron que el idilio
 sonase en todo prado y todo monte,
 arrinconando décima y quintilla
 a vivir en taberna y en guardilla.

Hasta del consonante los principios
 se fijaron en reglas más discretas ; (...)

Para dar cima a tan gloriosa empresa,
 se trajo a colación el patriotismo,
 y salió de las sombras de la huesa
 lozano y vigoroso el arcaísmo.
 La ilustración así rauda progresa ;
 (I, CVI - CXIX)

En la poesía española contemporánea sólo encuentra serviles imitadores que utilizan tópicos literarios, (III, I-V). Y es que Mora creía necesaria en España una renovación de la poesía ; sabía que su país precisaba de un poeta libre y atrevido que librara a la poesía de su país de la influencia casi servil de la francesa, y que le impusiera el vigor y la fuerza de la que carecía ; y hablaba de la carencia de un Byron español²⁴. Años atrás, hacia 1829, creyó ver a este poeta en Martínez de la Rosa. En 1835, ya desencantado de las posibilidades de su viejo amigo, sorprende que no dé muestras de conocer la obra de Espronceda.

Por esta razón se decide a introducir a su manera a Byron en España. No obstante, cuando en 1840 se publican sus *Leyendas Españolas*, Espronceda está escribiendo *El diablo mundo*. A pesar de ello, Mora ya había mostrado cómo el « romanticismo tradicional », aquel que intentaba recuperar el pasado histórico, podía dotarse de contenido social y político acercándose al « romanticismo social ». Espronceda siguió llevándole la delantera porque en 1835 publicaba *La canción del pirata* y *El mendigo*, apartándose definitivamente del formalismo del primero para incorporarse plenamente al segundo, y en el mismo año en que se publicaron las *Leyendas Españolas* de Mora publicaría *El estudiante de Salamanca* en el volumen de *Poesías*, ofreciendo al lector una lección parecida a la de Mora.

Pero aun así nada desmerece la labor de José Joaquín de Mora, que tuvo la osadía de embarcarse con Byron para dar su versión de la leyenda de la pérdida de España, hacer un examen crítico del país de principios del siglo XIX y observar escéptica y satíricamente la España de 1835.

24. Véase L. Monguio, *op. cit.*, p. 106-107.